

HACIA UNA GRAN REVOLUCION DE LA HONESTIDAD

"EL ROBO DE MILLONES, EL DESPILFARRO DE MILLONES Y EL EXODO DE MILLONES, CONSTITUYEN NO YA LA SANGRIA, SINO LA HEMORRAGIA QUE ESTA SUFRIENDO VENEZUELA DESDE HACE MUCHOS AÑOS".

Pío Gil, 1913.

La tragedia de nuestra Democracia, tan cara y tan preciada, encuentra su causa en la lenidad con que se castiga a los que se enriquecen ilícitamente a costa de los dineros públicos, circunstancia ésta que coadyuvó al desprestigio de la misma y a la generalización de un sentimiento de frustración en el ciudadano honesto.

Ya no faltan quienes en un amargo sarcasmo afirman que la diferencia entre la dictadura y la democracia estriba, en que en la primera roban unos pocos y en la segunda roban muchos. Cruda y cruel esta afirmación, pero no menos aleccionadora.

El escándalo de las máquinas electorales, y la presunta implicación de dos parlamentarios ha puesto en evidencia que el tráfico de influencias, lejos de ser erradicado, pareciera acentuarse más, con el subsecuente perjuicio para la moral pública. La crisis existente en el Poder Judicial, denunciada por dos magistrados renunciando al Consejo de la Judicatura y negada enfáticamente por los mismos que resultan enjuiciados, pone de relieve el deterioro de la justicia y la pérdida de la fe que el ciudadano pueda tener en sus jueces.

Los vicios y corruptelas constantemente denunciados por el Contralor en sus Informes y Balances, señalan a la opinión pública la persistencia de un estado de cosas que reclaman medidas más enérgicas, si se quiere salvaguardar la vigencia del sistema democrático, ó de lo contrario, la corrupción minará sus bases y acabará con él.

EL PAIS VIVE UNA ATMOSFERA DE BROSION MORAL, QUE SE PATENTIZA EN UN DESCREIMIENTO HACIA SUS INSTITUCIONES MAS PRECIADAS.

Se hace necesario iniciar una verdadera cruzada contra la inmoralidad y la corrupción. Los instrumentos legales con que cuenta el Estado deben aplicarse hasta sus últimas consecuencias.

II

¡Ya basta de averiguaciones formales! No más engavetamientos y padrinzgos. A veces pareciera que el país está plagado de encubridores y cómplices. Los hombres honestos, cualquiera que sea el partido o ideología que profesen, deben levantarse para denunciar a los inmorales y no descansar hasta lograr su expulsión y castigo. Sólo así se sanearán las instituciones y el hombre de la calle recobrará la confianza en la democracia y sus dirigentes. El país reclama el enjuiciamiento de todos los culpables, así como la persecución de lo ilícito y del fraude.

La responsabilidad es de todos, ya sea del Poder Ejecutivo, del Poder Legislativo y del Poder Judicial. El cuestionamiento es inherente a cada rama, pues no es un secreto que la corrupción administrativa amenaza todos los estratos de la vida nacional.

La Comisión Investigadora contra el Enriquecimiento Ilícito de Funcionarios y Empleados Públicos, tiene un vasto programa de acción. Sus pesquisas no han estado a la altura de las circunstancias. Es público y notorio la existencia de un vasto número de funcionarios cuyo nivel de vida no se compadece con los sueldos devengados. La investigación debe cubrir todas las ramas del Poder Público y los Tribunales deberán sustanciar con celeridad y justicia, las averiguaciones y denuncias que demanda el conglomerado nacional.

La Contraloría deberá poner todo su celo y empeño, en requerir las declaraciones juradas de bienes de todos los funcionarios obligados a ello, sin excepciones y sin dilaciones, a fin de establecer los "incrementos patrimoniales", de no pocos arribistas que hoy aspiran a una curul parlamentaria y mañana a un Ministerio o a un Instituto Autónomo.

Los partidos políticos, testimonios de una esencia: la libertad de pensamiento, deberán rectificar sus errores y conculcar a sus negadores, los fariseos de la política, rescatando así para la colectividad los valores de la justicia, con jueces idóneos y no negociados con parlamentarios honestos y no traficantes, con funcionarios probos y no peculadores. Sólo así la democracia subsistirá. De lo contrario, afrontaremos el riesgo de perder la democracia en que vivimos, donde todo se puede negar, menos el derecho a negar.

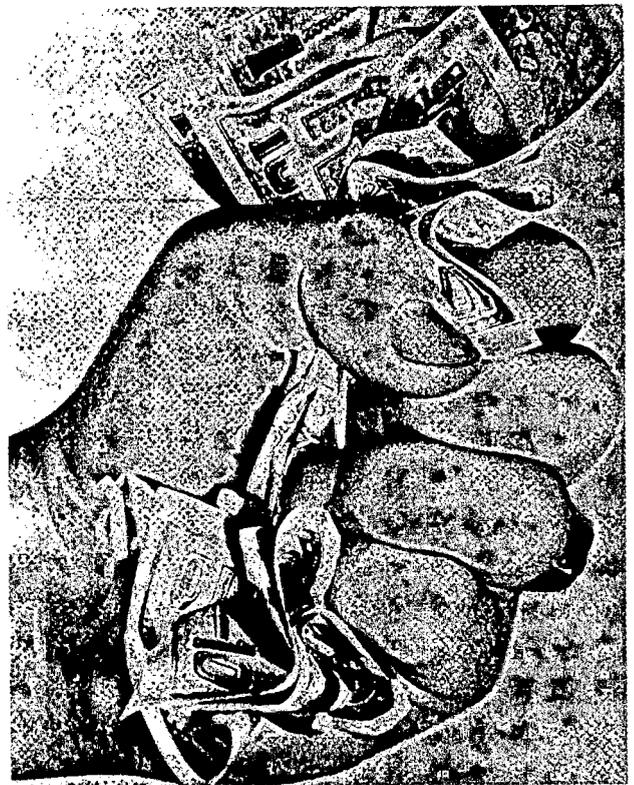
III

Para este nuevo quinquenio, se hace imprescindible acometer con seriedad una gran revolución de la honestidad, al igual que la realización de una verdadera justicia social, donde cada quien encuentre la satisfacción de sus más elementales necesidades: vivienda, trabajo, educación, salud y recreación. Pero no palabras huecas ni consignas electorales, sino realizaciones concretas.

Una justa y verdadera distribución del ingreso, donde las mayorías alcancen un nivel de vida digno y la producción esté en función del mayor bienestar del pueblo y no de una mayor tasa de beneficio para los sectores que controlan la economía.

Resulta un crimen de incalificables proporciones, que en un país donde el 75 por ciento de los grupos familiares sobreviven con ingresos inferiores a los mil bolívares mensuales, sólo en la década de los años 60, hayan salido del país, por concepto de beneficios por las inversiones aquí establecidas, más de cuarenta mil millones de bolívares, según lo revelara el célebre Informe Merhav.

Para decirlo con las palabras del Evangelio, a los que tienen hambre y sed de justicia no se les puede condenar de por vida a seguir mendigando la caridad de los que lo tienen todo, ni a languidecer a la espera de las promesas electorales. Se les atiende ó el caldo de cultivo seguirá fermentando.



Como bien dijera el Presidente Salvador Allende, la dignidad de una Nación no se mide por el ingreso per-cápita.

En un país como el nuestro, donde el enriquecimiento fácil y el consumo superfluo se constituyen en el desiderátum por excelencia, la situación de los marginados, la de los que sufren la violencia institucionalizada, como diría Helder Camera, cobra visos dramáticos, añadiéndose a su desesperación, los patrones de consumo que introducen los partidarios del liberalismo económico.

Las incongruencias de nuestro modo de vida se aprecian en su más degradante manifestación, cuando vemos que a los que no tienen techo, se les ofrecen desodorantes íntimos. A los que no tienen trabajo, se les ofrecen loterías y carreras de caballos. A los que tienen sed, se les ofrece alcohol y a los que tienen hambre, se les pide resignación.

Ciertamente, la revolución cristiana todavía está por hacerse. Aquél que murió en la cruz sólo puso la primera piedra.

